

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 11, capítulo CCXIV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 11, capítulo CCXIV

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo CCXIV

Cae Querétaro

Mayo de 1867

CCXIV

CAE QUERÉTARO

Mayo de 1867

La situación del ejército imperial sitiado en Querétaro, cada vez se hacía más difícil. Llegó un momento en que Maximiliano y sus generales no podían engañarse más, por lo que consideraron necesario hacer un examen de la situación y adoptar las resoluciones adecuadas.

Maximiliano consultó a los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía, Manuel Ramírez de Arellano y Severo del Castillo, quien fungía como jefe de Estado Mayor. Después de una amplia deliberación, formularon el 14 de mayo el documento con que se inicia este capítulo.

Es un examen apasionado en contra de Leonardo Márquez, que nos parece juicioso y objetivo en la apreciación de los problemas militares. No estamos de acuerdo en el juicio que les merece el gobierno republicano, que les hace llegar a la conclusión de que no es conveniente capitular, porque el gobierno nacional no respetará lo que se pacte; en realidad sabían que se exigiría la rendición incondicional.

Concluye el mencionado documento con la proposición de llevar a cabo "un heroico y costoso sacrificio" consistente en atacar al ejército republicano y si fuera rechazado este ataque, "evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primeramente la artillería y todos los trenes, rompiendo después el sitio a todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo al mayor número de soldados del ejército imperial". Efectivamente, ya no quedaba otra solución.

Según relata Blasio, el consejo de Guerra que redactó el memorándum, se llevó a cabo durante la noche del 13 al 14 de mayo y "quedó decidido que la salida había de efectuarse a las tres de la madrugada del día 15".

En el curso del día 14, Maximiliano y sus allegados hicieron sus

preparativos; según sus instrucciones se distribuyeron entre los cercanos auxiliares el poco oro disponible.

A las diez y media de la noche se efectuó un nuevo consejo de Guerra en las habitaciones de Maximiliano. Blasio afirma: "Sin saber de lo que ahí se trató, sólo supe que se había aplazado la salida para la noche siguiente, pues así me lo hizo saber el emperador, manifestando que podía retirarme a dormir".¹

Todo hace suponer que como resultado de este consejo de Guerra, Maximiliano resolvió entregar la plaza de Querétaro para evitar un derramamiento de sangre que consideraba inútil. En el capítulo siguiente se examinará este controvertido hecho histórico.

A las tres de la mañana del 15 de mayo, el coronel imperialista Miguel López guió a las tropas republicanas encabezadas por el general Vélez para ocupar el convento de la Cruz, lo que precipitó la caída de Querétaro.

Por la tarde del 15 de mayo, el general Mariano Escobedo rindió un parte telegráfico notificando la caída de Querétaro y la aprehensión de Maximiliano, Castillo y Mejía, pues Miramón había logrado ocultarse. Más tarde, por la delación del doctor Licea, fue también apresado.

El lector podrá ver una carta inédita del general Ramón Corona, en que relata cómo fue la aprehensión de Maximiliano; con ella se constatará que Maximiliano se rindió ante el general Corona y que permaneció en su poder hasta que llegó el general Escobedo.

Entre los descendientes del general Corona se conserva la tradición de que Maximiliano, al presentarse ante este jefe republicano, le dijo:

General aquí tiene usted mi espada, ya no soy emperador.

A lo que el general Corona contestó:

Es usted digno de conservar su espada como hombre valiente, pero emperador nunca ha sido.

¹ Blasio, *Maximiliano íntimo*, p. 368.

Mientras esperaban la llegada del general Escobedo, al aire libre, estaba haciendo mucho frío, por lo que Corona, que era hombre cortés, pensando que había sido brusco con Maximiliano, quiso tener una atención y comentó:

Está usted temblando, Maximiliano.

Rápidamente el prisionero contestó con ingenio y malicia.

Sí, pero no de lo que usted cree, general (Es decir de frío, no de miedo.)

Al día siguiente el archiduque, sin darse cuenta de su situación, pidió al general Escobedo transmitiera al gobierno la ingenua petición de que se le permitiera salir de México, accediendo el jefe republicano a enviar el mensaje.

Juárez escribió a Santacilia una carta en que, refiriéndose a Porfirio Díaz, comentaba no tener noticias de él, pero que no le sorprendía porque, seguramente, repetiría lo que hizo en Oaxaca y Puebla "no escribirme, hasta no fechar su carta en la capital conquistada". En posdata que inicia con un ¡Viva México!, agrega que acaba de llegar la noticia de la toma de Querétaro.

Horas más tarde, en carta a Santacilia de unos cuantos renglones, confirma la noticia. Envía también breves mensajes a los gobernadores y jefes militares, de ellos entresacamos los enviados a los generales Berriozábal, Rubí y Viesca. También se acuerda, dos días después, de su amigo el doctor Revilla, a quien felicita por el triunfo en Querétaro.

El bravo general Sóstenes Rocha escribe a Juárez lleno de satisfacción, felicitándolo por el triunfo.

Ya más tranquilo comunica a Santacilia que el gobierno ha resuelto que a Maximiliano, Mejía y Miramón se les juzgue en consejo de Guerra, conforme a la Ley de 25 de enero de 1862.

Reproducimos el relato que de la toma de Querétaro hace Juan de

Dios Arias, por considerar que siendo por una parte la versión oficial, contiene, además, una serie de informes y noticias útiles para la mejor inteligencia de este importante hecho histórico. Salvo lo relacionado a la participación del coronel Miguel López, esta versión se acepta como fiel y veraz.

DOCUMENTOS

Mayo de 1867

MEMORÁNDUM DE LOS GENERALES IMPERIALES SOBRE EL SITIO DE QUERÉTARO

Señor:

Los generales que suscriben, cumpliendo con la soberana disposición de vuestra majestad [V. M.] relativa a que informen a V. M. sobre el estado actual de defensa de esta plaza, así como acerca del partido que deberá tomarse, con presencia de la situación que guarda el ejército imperial, después de haber estudiado concienzudamente las graves cuestiones indicadas tienen la honra de manifestar a V. M. lo siguiente: para formar un juicio exacto del estado en que nos encontramos hoy y resolver con cordura lo que conviene hacer, necesario es dirigir una ojeada retrospectiva a los hechos que precedieron al plan de operaciones que se trazó el ejército, para afrontar la situación política-militar de fines de febrero y principios de marzo último.

Habiendo sido muy malos los consejos del Estado Mayor general cuando V. M. llegó a Querétaro, y cuando el enemigo se decidió a tomar la iniciativa sobre nuestras tropas, los juaristas efectuaron sin dificultad una concentración de sus fuerzas, que habríamos debido evitar a todo trance, batiéndolos en detalle en los momentos de su aproximación a Querétaro. Pasada la oportunidad que presentó la impericia del enemigo, para destruirlo en dos batallas, de éxito seguro para las armas imperiales, batallas que debieron librarse con las dos grandes fracciones de la fuerza armada de los juaristas y habiendo sido tenaz la oposición del general Márquez para atacar al enemigo, con lo cual nos habríamos salvado; se creó inmediatamente la difícil y peligrosa situación actual, reducida a defenderse el ejército imperial en esta plaza.

Una vez que de hecho se abrazó el partido de permanecer a la defensiva, lo cual debía tener por consecuencia necesaria un sitio de la

plaza, el primer Estado Mayor de los que ha tenido V. M. no se ocupó de ninguno de los preparativos que indican las reglas del arte para casos semejantes; no se almacenaron víveres y forrajes, no se levantó una fortificación como exigía la defensa. A mayor abundamiento, las ricas haciendas de las cercanías de Querétaro, algunas de las cuales no distaban ni 500 metros de la ciudad, quedaron llenas de granos de todo género, facilitando así la cómoda subsistencia del ejército sitiador al mismo tiempo que la plaza se privaba del principal elemento de una larga defensa, que son los víveres y el forraje. Después de haber procedido así el Estado Mayor general de que venimos hablando y a los ocho días de estar a nuestra vista el ejército juarista, atacó éste la plaza el 14 de marzo con más de 20,000 hombres, pero fue rechazado por los 8,000 de las tres armas que componían entonces nuestras tropas.

Las faltas del Estado Mayor general hicieron que el 20 de marzo se considerara por algunos como insostenible por más tiempo la situación en que nos encontrábamos y caracteres débiles y asustadizos se aventuraron a proponer a V. M. una retirada si necesario era, clavando la artillería y abandonando todos los trenes; las indicaciones en este sentido se avanzaron hasta pretender que S. M. celebrara una capitulación con el enemigo. La energía y dignidad de S. M., su heroica resolución de combatir en favor de la salvación nacional y su fe en el triunfo de una causa que es la del orden social y de la independencia de México, le aconsejaron someter el negocio a la resolución de una junta de Guerra, celebrada el mismo día 20 de marzo, con absoluta libertad y sin que V. M. estuviera presente mientras duró la deliberación.

La junta resolvió: que se continuara la defensa de Querétaro con más vigor que hasta entonces; que se fortificara convenientemente la plaza y que se plantaran los establecimientos de construcción del material de guerra, que ofreció improvisar, como lo hizo el comandante general de artillería que suscribe a fin de que el ejército contara con el parque necesario para largo tiempo. También opinó la junta de Guerra porque se hicieran frecuentes salidas sobre el enemigo, y muy particularmente porque viniera de México un ejército auxiliar, abandonando, si era preciso, la capital.

V. M. tuvo a bien aprobar la opinión de la referida junta de Guerra y se dignó nombrar al señor general Leonardo Márquez, jefe del Estado Mayor, entonces lugarteniente del imperio, con plenos poderes para obrar en México, adonde se dirigió saliendo de esta plaza en unión del señor general Vidaurri, nombrado ministro de Hacienda y presidente del gabinete, el 22 del mismo marzo, escoltados por 1,300 caballos y llevando la misión principal de venir a auxiliar a Querétaro con el mayor número de tropas que fuera posible. El jefe de Estado Mayor que suscribe sustituyó en este encargo, por voluntad de V. M., al general Márquez. El general en jefe del cuerpo de infantería, abajo firmado, comenzó, previa autorización de S. M., a hostilizar al enemigo, haciendo frecuentes salidas sobre el ejército sitiador, que han sido otros tantos triunfos de las armas imperiales.

Las incursiones por los caminos de San Juanico y de Celaya, verificados en los días 22 y 23 de marzo, proporcionaron al ejército víveres y forrajes para algún tiempo; la sorpresa del 1º de abril dada a una parte de las tropas que cubrían la línea del Cerro de San Gregorio, valió gran número de prisioneros quitados al enemigo; la salida del 21 de abril sobre la trinchera del oeste de la plaza, costó al sitiador una gran parte del batallón de los Supremos Poderes que fue hecha prisionera; el ataque del 27 de abril sobre la brillante posición del Cimatario, constituyó una victoria completa, en la que 2000 soldados del ejército imperial derrotaron a 17 batallones juaristas, cuya fuerza total se elevaba a 10,000 hombres, tomándoles en este glorioso hecho de armas, 21 piezas de artillería, 600 prisioneros, víveres, forrajes, equipajes, etc.; la salida del 1º de mayo sobre la hacienda de Calleja y portazgo de Arellano, dio por resultado desalojar al enemigo de dicha hacienda, causándole importantes pérdidas en el portazgo de México y, por último, el ataque del 3 de mayo sobre el Cerro de San Gregorio, que fue preciso suspender después de haber desalojado al enemigo de sus primeras posiciones, a causa de las favorables noticias que se tuvieron por medio de los prisioneros juaristas; noticias que presentaron como segura la llegada del general Márquez en auxilio de esta plaza. Todo esto, señor, ha puesto a raya los ímpetus del sitiador, reduciéndolo a una posición crítica, en

la que todo ha debido esperarlo del tiempo y nada de la potencia de sus tropas. El ejército juarista, por su parte, después de rechazado el 14 de marzo, permaneció en sus posiciones asediando a Querétaro; pero reforzado por 10,000 hombres más, la atacó de nuevo el 25 del mismo marzo, poniendo en acción sobre nuestra línea del sur unos 16,000 hombres.

V. M. vio el valor y el entusiasmo con que nuestras tropas volvieron a rechazar este formidable empuje del sitiador, que al fin se persuadió de que era imposible tomar por asalto la plaza de Querétaro. A partir del 24 de marzo el enemigo se concretó como antes de esa fecha y después del 14 a sostener un sitio riguroso, hostilizando constantemente nuestra línea con sus fuegos de artillería y de infantería. Tal regla de conducta no fue modificada sino la noche del 5 de mayo, en que los sitiadores, al impulso de la embriaguez, atacaron el puente principal de nuestra línea del norte, donde, como siempre, se les rechazó enérgicamente.

Cuando el general Márquez salió de esta plaza con dirección a México para venir a auxiliarla lo más pronto posible, es decir, el 22 de marzo, la situación se consideraba perdida por muchos, entre otros por aquel mismo general. De entonces acá, la firmeza y heroico valor de V. M., los trabajos del Estado Mayor general sobre la organización de las tropas, sobre su pago y manutención; los ataques del general en jefe del cuerpo de ejército de infantería al enemigo, que destruyéndolo parcialmente o arrebatándole sus víveres y forrajes conservaban la moral, la disciplina y el entusiasmo del soldado y los trabajos del director de artillería, que han bastado para tener durante el sitio la pólvora, los proyectiles y las municiones y los cápsulas que ha necesitado nuestro ejército, todos estos esfuerzos reunidos han sostenido la situación y neutralizado los fatales resultados que debió traer la imprevisión del primer jefe de Estado Mayor que estuvo al lado de V. M.

Al decir la junta de Guerra del 20 de marzo que continuara la defensa de Querétaro y al confiar V. M. al general Márquez la importante y gloriosa misión de venir a auxiliar al ejército imperial, V. M. y la citada junta, creyeron, con justicia, que bastarían 15 o 20 días para llegar al

desenlace de la gran cuestión que estamos decidiendo. Parecía que el destino reservaba al general Márquez la grata satisfacción de poner un término favorable al difícil estado de cosas que él había creado; mas por una fatalidad, altamente deplorable, esto no ha sucedido así.

El ejército, a cuya cabeza se encuentra el más noble de los soberanos, lleva ya 70 días de sitio y 54 de estar esperando el auxilio del general Márquez. Y esto en una plaza abierta que no fue fortificada ni abastecida oportunamente; que además está dominada en la mayor parte de sus puntos por alturas de primer orden que ocupa el enemigo, cuyas fuerzas se elevan a 30,000 hombres, mientras nuestras tropas, disminuidas primero por 1,300 caballos que fueron a escoltar al general Márquez y después por el tifo y por el fuego del sitiador, se han reducido de 8,000 hombres a 5,000, número despreciable con el que sostenemos una línea de ocho kilómetros, que, según las reglas del arte, exige para su defensa un ejército de 35,000 hombres.

Atacando audazmente al enemigo, trabajando sin cesar en la nutrición y pago de las tropas, extrayendo el salitre y carbonizando las maderas para elaborar la pólvora; fundiendo las campanas para tener proyectiles de artillería, arrancando al teatro su techumbre para fabricar las balas de fusil, construyendo cápsulas de papel, engranando las piezas sin máquina, etc.; manteniendo al ejército y al pueblo, primero con nuestra caballada y después con la mulada de los trenes; careciendo el soldado en mucho tiempo de pan, de maíz, de trigo, de café, de aguardiente y hasta de leña; he aquí cómo se ha prolongado la defensa de Querétaro más allá del tiempo marcado por las circunstancias. Pero esta heroica defensa, la primera por su naturaleza de cuantas se han hecho en nuestro país, tenía un objeto exclusivo, que no ha sido alcanzado: el auxilio del general Márquez, en cuyas manos quedó abandonada la suerte de S. M. para salvar la situación que él mismo había creado.

Los generales que suscriben no abordarán hoy el terreno de los justos cargos, que creen poder formular contra el antiguo jefe del Estado Mayor general de V. M., la historia se encargará de esa ingrata tarea; pero importa el heroísmo de V. M. y del ejército, que se ha sacrificado estérilmente en Querétaro, hacer constar a la faz del mundo, que sin

elementos de ninguna especie, cuando ya no hay azufre para elaborar la pólvora y después de haber muerto en los combates los mejores jefes de ejército, 5,000 sostienen hoy esta plaza, después de un sitio de 70 días, establecido por 30,000 hombres, que cuentan con los recursos de todo el país; que de este largo período, 54 días se ha aguardado inútilmente el auxilio del general Márquez, que debió volver de México en 20 y, por último, que durante la defensa de Querétaro el enemigo ha sido atacado con frecuencia por nuestras tropas, batido en sus mismas posiciones, privado de más de la mitad de su artillería y rechazado de nuestra extensa línea de fortificación, que no ha podido forzar jamás, ni siquiera ocupar en algunos de sus puntos.

La absoluta carencia de noticias del general Márquez, que no ha dirigido a V. M. ni una sola comunicación en 54 días, mientras que sí se han recibido algunas del ministro de Gobernación Iribarren, ha tenido a V. M. y al ejército en una duda horrible, desde el mismo día en que aquél salió de la plaza para México. Ante el hecho de que ese general no haya auxiliado a Querétaro después de 54 días y con presencia de las declaraciones de los prisioneros del enemigo, que hacen al general Márquez todavía en la capital del imperio, lo cual es ya indubitable, ha llegado el momento de poner término a una defensa que es ya materialmente imposible, toda vez que el ejército y el pueblo son presas de la plaga del hambre, que dentro de breves días se hará sentir con todos sus horrores, matando de un solo golpe el sufrimiento de la población y la moral del soldado, rebajada por la miseria, por la desnudez, por los rigores de la estación de las aguas, que se han anticipado extraordinariamente y por las penalidades de todo género en que se ha visto desde el 6 de marzo último.

V. M. y el ejército entero tienen derecho a la orgullosa satisfacción de haber puesto muy alto el honor de las armas nacionales, dando al mundo el ejemplo de un heroísmo poco común, que es capaz de las más atrevidas empresas, cuando lo dirige una voluntad enérgica y un sentimiento de verdadero patriotismo. La inmensa responsabilidad de las funestas consecuencias que van a precipitarse sobre México, es enteramente extraña a V. M. y a su sufrido y valiente

ejército. A la altura en que se encuentra la cuestión militar que debatimos, los que suscriben propondrían a V. M. el desenlazarla, pactando una capitulación con el sitiador, término legal y honroso para casos semejantes, establecido por la humanidad y sancionado por el derecho de gentes en todos los pueblos civilizados. Mas esto no es posible cuando se lucha con un enemigo salvaje, sin fe y sin honor, que tiene por principio violar las capitulaciones que celebra, como lo hizo en Puebla, Guadalajara y Colima; que asesina en las tinieblas de la noche a los prisioneros sin respetar sus heridas y que levanta sangrientas hecatombes con los vencidos como la de San Jacinto.

En la dura extremidad, los que suscriben creen cumplir con su deber de conciencia y de soldados, diciendo a V. M. que su alto carácter de soberano así como nuestra calidad de generales, nos imponen un último deber, que será también un heroico y costoso sacrificio: atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, vencéndolo en todos los puntos de su línea; si las tropas imperiales fueran rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primeramente la artillería y todos los trenes y rompiendo después el sitio a todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo al mayor número de soldados del ejército imperial.

Tal es, señor, la concienzuda opinión de los generales que suscriben, la cual someten a la soberana resolución de V. M., protestándole que en todo caso están dispuestos a sacrificarse a la cabeza de las tropas para cumplir las órdenes de V. M.

Cuartel General en Querétaro, 14 de mayo de 1867.

(Miguel Miramón)
(Ramírez de Arellano)

(Tomás Mejía)
(Severo del Castillo)

SE TOMA QUERÉTARO

Telegrama del campo para San Luis Potosí, recibido el 15 de mayo de 1867, a las cuatro de la tarde

Ciudadano ministro de la Guerra:

A las tres de la mañana de hoy se ha tomado La Cruz por nuestras fuerzas, que sorprendieron al enemigo en dicho punto. Poco después fue hecha prisionera la guarnición de la plaza, que ocuparon nuestras tropas, a la sazón que el enemigo con parte de los suyos, se replegaba al Cerro de la Campana; batido eficazmente por nuestra artillería, en gran desorden, por fin, como a las ocho de la mañana se rindió a discreción, en el expresado cerro, Maximiliano con sus generales Castillo y Mejía.

Sírvase usted dar al ciudadano presidente mis felicitaciones por este importante triunfo de las armas nacionales.

Mariano Escobedo

MAXIMILIANO SE ENTREGA
AL GENERAL CORONA

Querétaro, mayo 15 de 1867

Señor Presidente don Benito Juárez
San Luis Potosí

Muy señor mío y amigo:

En la mañana de hoy ha sido ocupada esta plaza por nuestras fuerzas, lo que se ha conseguido con sólo pocos disparos y quedando en nuestro poder Maximiliano, Mejía, Miramón, Castillo, Casanova, Gutiérrez, Reyes, Magaña y otros cuyos nombres no recuerdo, además toda la guarnición, armamento, artillería y depósitos.

Desde anoche el señor general Escobedo había recomendado la mayor vigilancia, informándome que a las once atacaría La Cruz; y a las cuatro de la mañana me envió el parte de haberse ocupado, en efecto, esta posición y hecha prisionera la fuerza que la defendía, lo que también fue anunciado por un repique en ese convento. Al dar principio este repique, comenzaron a salir de la ciudad algunas columnas de caballería con dirección al Cerro de las Campanas.

En el acto, dispuse que el señor general Rocha hiciera avanzar unas columnas de la fuerza de su mando sobre la Casa Blanca y los señores generales Régules y Rivera se dirigieron a la Alameda. De ambos puntos se desprendieron fuerzas al encuentro de las nuestras, pero en lugar de hacer fuego, prorrumpieron en vivas a la República, lo que me hizo avanzar con la fuerza de Sinaloa y Jalisco para la garita de Celaya. En ese momento se me incorporó el general Cortina que, con la de su mando, se dirigía también al mismo punto. A la vez se me presentó un comisionado

de Maximiliano manifestando deseaba hablar con el general en jefe. Le hice presente que el general Escobedo no se hallaba allí; que volviera a informarlo así a su superior y que, mientras se presentaba el general en jefe, mandaría suspender mis fuegos, siempre que Maximiliano hiciera, por su parte, otro tanto. Lo que se verificó, en efecto.

Sin embargo, al observar yo que se desprendían de la Campana algunas columnas, con dirección a mi línea de batalla, moví las mías a su encuentro sin otra demostración de hostilidad. Luego se me presentó el mismo Maximiliano acompañado de los generales Castillo y Mejía, con otros jefes y oficiales cuyos nombres ignoro. Maximiliano me hizo presente que ya no era emperador por haber depositado con el señor Lacunza, al salir de México, su abdicación; que si se necesitaba una víctima allí estaba él.

Como no me tocaba resolver ese punto, así se lo manifesté, añadiéndole que mientras se presentaba el señor general en jefe tenía garantías a mi lado, lo mismo que las personas que lo acompañaban. Llegó el señor Escobedo y se los entregué.

Hecho esto, me ordenó que pasara a la población para hacer guardar el orden.

Congratulándome con usted por el feliz término de esta campaña, me repito de usted afectísimo amigo que besa su mano [q. b. s. m.].

Ramón Corona

INGENUA PETICIÓN
DE MAXIMILIANO

(Querétaro, 16 de mayo de 1867)

Telegrama para San Luis Potosí, recibido el 17 de mayo (de 1867) a las siete y treinta minutos de la tarde

Ciudadano ministro de la Guerra:

Al caer ayer preso Maximiliano, me ha suplicado le conceda lo que consta en los siguientes puntos:

1º- He mandado mi abdicación en el mes de marzo, en la primera mitad del mes. En el archivo que se ha tomado en La Cruz, existe la copia certificada y contrasignada por el ministro. El original fue enviado al presidente del Consejo de Estado, José M. Lacunza, con orden de que fuese publicado en cuanto cayera legalmente prisionero.

2º- Que si es necesaria alguna víctima, lo sea la de mi persona.

3º- Que sea bien tratado mi séquito y servidumbre, por la lealtad con que me han acompañado en los peligros y vicisitudes.

Me ha dicho también, que no desea otra cosa que salir de México y que, en consecuencia, espera que se le dé la custodia necesaria hasta embarcarse. Le he contestado que nada puedo concederle y que lo que puedo hacer es darle cuenta al Supremo Gobierno, como lo hago, a fin de que resuelva lo conveniente.

Mariano Escobedo

EL GENERAL DÍAZ NO ESCRIBE HASTA NO FECHAR
LA CARTA EN EL LUGAR DEL TRIUNFO

San Luis Potosí, mayo 15 de 1867

(Señor don Pedro Santacilia)
(Nueva York)

Mi querido hijo Santa:

Hace días que no tengo carta de usted por la irregularidad con que viene la correspondencia del rumbo de Brownsville. Espero que pronto vendrán ustedes por Matamoros y cesará el tormento que sufrimos de no podernos comunicar con frecuencia.

Continúan las operaciones sobre Querétaro y México con alguna lentitud, pero con la esperanza y casi seguridad de una victoria completa. Al principio no pudo establecerse un verdadero sitio en Querétaro y tuvo tiempo el enemigo de proveerse de víveres; pero de 20 días a la fecha nada recibe ya de fuera y sufre las horribles consecuencias del hambre. Es ya notable la deserción de sus tropas que pasan a engrosar nuestras filas diariamente.

Escobedo me dice ayer que es tal la desmoralización en que ha entrado el enemigo que muy pronto tendrá un término feliz la campaña.

De Porfirio no he tenido noticia hace algunos días. Seguramente sigue el sistema que observó en Oaxaca y Puebla de no escribirme hasta no fechar su carta en la capital conquistada. Los impacientes están dados a Satanás, porque quisieran que en un instante quedara todo terminado aunque los grandes criminales quedaran impunes y sin garantías la paz futura de la nación; pero el gobierno, sin hacerles caso, sigue corriendo despacio con el firme propósito de hacer lo que mejor convenga al país,

sin que influyan en sus determinaciones la venganza personal, la compasión mal entendida ni amago alguno extranjero, sean cuales fueren los términos con que se quiera disfrazar; hemos luchado por la independencia y autonomía de México y es preciso que esto sea una realidad.

Repito a usted lo que le he dicho en mis anteriores cartas, a saber, que es menos malo que se vengan ustedes por Matamoros que esperar la ocupación de Veracruz por nuestras fuerzas, pues hasta que termine lo de Querétaro y México no puede obrarse eficazmente sobre aquella plaza.

Yo sigo sin novedad en mi salud, pues hace tiempo que no he tenido ni un catarro siquiera.

Memorias a la familia y muchos besos a María.

Suyo afectísimo padre y amigo.

(Benito) Juárez

A las cuatro y media de la tarde

¡Viva México! Querétaro está en nuestro poder.
Comenzó el ataque a las tres de la mañana de hoy y a las ocho fue tomado el Cerro de las Campanas, último atrincheramiento del enemigo; habiéndose rendido el enemigo a discreción.

Maximiliano, Mejía y Castillo se rindieron en el cerro citado.

El parte oficial que vino por telégrafo está en prensa.

(Benito) Juárez

QUERÉTARO ES NUESTRO,
DICE JUÁREZ

(Mayo 15 de 1867)

(Señor Pedro Santacilia)

Mi querido hijo Santa:

Querétaro es nuestro. A las tres de la mañana de hoy comenzó el ataque y concluyó a las ocho rindiéndose a discreción Maximiliano, Castillo y Mejía.

El parte oficial que recibí por telégrafo está en prensa.

Memorias a la familia, muchos besos a María.

Véngase por Matamoros si no es que sepan que Veracruz se haya sometido al gobierno, lo que es fácil que suceda ahora que sepan lo de Querétaro. México caerá pronto.

Suyo afectísimo padre y amigo.

(Benito) Juárez

JUÁREZ CONFÍA CAIGAN PRONTO
MÉXICO Y VERACRUZ

San Luis Potosí, mayo 15 de 1867

(Señor Pedro Santacilia)

Mi querido hijo Santa:

Ya escribo a usted por otro conducto, en esta misma fecha, participándole la noticia de la toma de Querétaro por nuestras fuerzas.

El ataque comenzó a las tres de la mañana de hoy y terminó a las ocho de la misma mañana. Maximiliano, Castillo y Mejía se rindieron a discreción en el Cerro de las Campanas, último punto en que resistieron.

Aún no recibo los pormenores. El parte oficial lo recibí esta tarde por telégrafo.

México y Veracruz caerán pronto, para lo que influirá mucho el suceso de Querétaro.

Si cuando reciba usted ésta no hubiere caído Veracruz pueden ustedes venirse por Matamoros.

Memorias a la familia y a los amigos y muchos besos a María.

Mañana es el cumpleaños de Nela, felicítela a mi nombre.

Suyo afectísimo padre y amigo.

(Benito) Juárez

LACÓNICO AVISO A BERRIOZÁBAL

San Luis Potosí, mayo 15 de 1867

Al general Felipe Berriozábal

Mi estimado amigo:

¡Viva la patria! Esta mañana a las ocho fue tomado Querétaro a viva fuerza.

Cayeron prisioneros Maximiliano, Mejía, Castillo y Miramón.

Benito Juárez

JUÁREZ SE LO AVISA
AL GENERAL RUBÍ

San Luis Potosí, mayo 15 de 1867

Señor gobernador don Domingo Rubí

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de participar a usted que a las ocho de la mañana de hoy ha sido ocupado Querétaro por nuestras tropas.

Comenzó el ataque a las tres de la mañana y terminó a la hora indicada, habiéndose rendido a discreción Maximiliano, Castillo y Mejía.

Felicito a usted y a los amigos Sepúlveda y Martínez² por este importante suceso y me repito su amigo afectísimo y seguro servidor.

Benito Juárez

² Se refiere a don Juan B. Sepúlveda y al general Ángel Martínez.

JUÁREZ COMUNICA
LA BUENA NUEVA A VIESCA

San Luis Potosí, mayo 15 de 1867

Señor gobernador don Andrés S. Viesca

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de participar a usted que cayó en nuestro poder la ciudad de Querétaro.

Comenzó el ataque a las tres de la mañana y terminó a las ocho con la rendición de Maximiliano, Castillo y Mejía, a discreción.

Felicito a usted por esta importante nueva y me repito su amigo afectísimo.

Benito Juárez

SÓSTENES ROCHA FELIZ
POR LA CAPTURA DE QUERÉTARO

Querétaro, mayo 18 de 1867

Ciudadano Presidente Benito Juárez
San Luis Potosí

Muy señor mío de todo mi aprecio y respeto:

No había escrito a usted porque en mi anterior le fijé 12 días de término para la ocupación de esta plaza, mas como éste pasó y se alargaba indefinidamente, me causaba mucha pena ponerle mis letras antes que terminara el sitio; lo hago, pues, ahora con la mayor satisfacción, felicitándolo con toda la efusión de mi alma por el espléndido triunfo que las armas nacionales, ya tan gloriosas, han alcanzado el 15 del corriente sobre el ejército traidor. Este suceso ha sido, en mi concepto, el más notable durante la guerra de seis años que con tanto honor ha sostenido la República, puesto que hemos apresado al intruso emperador, a casi todos los cabecillas traidores y al mejor ejército que ellos han podido organizar; es cierto que aún nos queda la plaza de México que vencer, en donde se abrigan los últimos débiles restos de ese infame partido, pero esto lo haremos casi al presentarnos a su vista y ya nuestras fuerzas van en camino sobre ellos en número de 6,000 hombres y los restantes están y siguen saliendo.

Desde este momento me atrevo a felicitar a usted también por ese otro triunfo que inconcusamente vamos a obtener dentro de pocos días, con el que quedarán (aseguradas) para siempre la paz y la prosperidad de la nación.

Suplico a usted tenga la bondad de mandar entregar a mi señora la cantidad de \$200, pues nuestra situación por acá ha sido tan precaria que no me ha sido posible reunir nada de recursos para remitirle y hoy, al marchar a México, deseo ir tranquilo sobre este punto.

Tan luego como comiencen nuestras operaciones sobre México le escribiré a usted participándoselas; entretanto tengo el gusto de repetirme de usted, como siempre, afectísimo subordinado y servidor que atento b. s. m.

Sóstenes Rocha

AVISA A LOS AMIGOS DE CHIHUAHUA

San Luis Potosí, mayo 19 de 1867

Señor don Berardo Revilla

Mi queridísimo amigo:

Tengo el gusto de felicitar a usted y a toda su apreciable familia. por la ocupación de Querétaro que tuvo lugar a las ocho de la mañana de hoy, después de un fuerte ataque consumado a las tres de la mañana.

Maximiliano, Castillo y Mejía se rindieron a discreción. Aún no vienen los pormenores. El parte oficial lo recibí por telégrafo.

Suplico a usted diga al señor don Laureano que tenga ésta por suya.

Mis afectuosos recuerdos a la señora esposa de usted y niñas.

Suyo afectísimo amigo que besa su mano [q. b. s. m.].

Benito Juárez

(Manuscrito hológrafo)

LEÓN GUZMÁN INVITA A QUE JUÁREZ
PASE POR GUANAJUATO

Guanajuato, mayo 20 de 1867

Señor Presidente don Benito Juárez
San Luis Potosí

Muy estimado y respetable amigo:

Los guanajuatenses tienen positivo empeño en que, al marchar usted para la Ciudad de México, se sirva honrarlos con una visita. Yo tengo el mismo deseo y a él agrego el recuerdo de un ofrecimiento que usted me hizo y después me ha repetido por conducto del señor don Vicente Daza.

¿Tendrá la ciudad de Guanajuato el honor de aposentar, aunque sea por dos o tres días, a su apreciable ciudadano presidente?

Confiando yo en que le dará este gusto, me atrevo a suplicar a usted que, si lo tiene a bien y no hay en ello inconveniente, tenga la bondad de avisarme dos o tres días antes de su salida de la ciudad de San Luis (Potosí).

No tengo noticias de México, que se refieran a los últimos días; pero como el desenlace ha de ser bueno y muy pronto, confío en que, muy pronto también, tendrá el gusto de dar a usted un estrecho abrazo su sincero afectísimo y respetuoso amigo.

León Guzmán

A MAXIMILIANO, MEJÍA Y MIRAMÓN
SE LES JUZGARÁ

San Luis Potosí, mayo 22 de 1867

(Señor Pedro Santacilia)
(Nueva York)

Mi querido hijo Santa:

Después de la ocupación de Querétaro ha marchado la mayor parte de las tropas para México a ponerse a las órdenes de Díaz. Escobedo permanece en Querétaro. El traidor Méndez, que se había ocultado, fue descubierto y fusilado desde luego, conforme a un bando que expidió Escobedo respecto de los cabecillas ocultos.

A Maximiliano, Mejía y Miramón se les ha mandado juzgar en consejo de Guerra conforme a la ley de 25 de enero de 1862. Pudiera habérseles ejecutado con sólo la identificación de sus personas por hallarse en los casos expresados en la citada ley; pero el gobierno ha querido que haya un juicio formal en que se hagan constar los cargos y las defensas de los reos. Así se alejará toda imputación de precipitación y encono que la mala fe quiera atribuirle. Anoche fue la orden. Probablemente en la semana inmediata quedará terminado el juicio. Tal vez a fines de este mes quede ocupada la Ciudad de México. La ocupación es indispensable. La cuestión es de días nada más. Luego, si no antes, caerá Veracruz. Si lo supiera usted al llegar a Nueva Orleáns no habrá ya dificultad en que vuelva usted con la familia por aquella vía, mejor que por Matamoras.

Yo sigo sin novedad, pero siempre con grande ansiedad de ver a ustedes.

Memorias a la familia y muchos besos a María. Suyo afectísimo
padre y amigo.

Benito Juárez

LA CAÍDA DE QUERÉTARO, SEGÚN JUAN DE DIOS ARIAS

El archiduque había pedido un parte sobre la situación a los generales Castillo, Mejía y Miramón. En este documento que le remitieron el 14 de mayo en la mañana, los tres firmantes comenzaban por alabarse a sí mismos; después acusaban al general Márquez de impericia y de traición y reconocían, en fin, que ya la plaza no podía defenderse más. Pero, en vez de aconsejar una capitulación honrosa de la cual la abdicación del príncipe debía ser la consecuencia natural, le inducían, por el contrario, a atacar a los liberales con 5,000 hombres que le quedaban y, en caso de derrota, a evacuar la ciudad después de haber inutilizado la artillería, a fin de continuar en campo raso la guerra de partidarios.

El archiduque, engañado hasta entonces por las promesas mentirosas de sus ministros, generales y consejeros, se había negado a partir en la esperanza de probar a la Europa que podía mantener el imperio, sin necesitar por eso del auxilio de un ejército francés. Este informe le abrió completamente los ojos. Reconoció, pero muy tarde, que se sacrificaba inútilmente por unos hombres comprometidos al primer grado por su conducta anterior y que lo sacrificaban a él para poder salvarse tras de su nombre, pero que lo abandonarían infaliblemente cuando creyeran poder hacerlo fructuosamente. Esta descubierta fue por él un rayo de luz. Juzgó que haría bien de salvar su persona, abandonando a su suerte a estos tristes consejeros y, para entablar esta negociación enteramente de confianza, echó los ojos sobre uno de sus familiares (sic), el coronel don Miguel López.

Este coronel era mal visto de la mayor parte de los generales y de sus colegas que envidiaban su situación cerca del archiduque. Éste pensó que este odio era un título a sus ojos. En consecuencia, le confió la misión de irse cerca del general Escobedo para obtener de él la concesión

de permitirle -a Maximiliano- la salida de la plaza con un solo escuadrón, bajo la promesa solemne de que éste le serviría tan sólo como escolta hasta llegar a un punto de la costa donde poder embarcarse y no volver jamás a la República.

Esta intempestiva resolución descubrió a López, que ya sospechaba la situación, todas sus sombrías proporciones y, como se concibe, presentó a su imaginación el negro cuadro del desorden consiguiente a la fuga del príncipe; la desesperación de un ejército desnudo, hambriento y abandonado en manos del enemigo intransigente y los torrentes de sangre que debían derramarse inútilmente tras semejante evasión.

La ferocidad atribuida por los monárquicos a los republicanos, presentaba a sus ojos la ciudad entregada en los primeros momentos a todos los horrores y violencias de un ejército sin disciplina, sediento de venganza y creyó que había llegado la última hora de Querétaro.

En la noche del 14, López, sirviéndose de un agente secreto, obtuvo del general Escobedo permiso de pasar a cumplir su delicada misión. Llegó, en efecto, a la tienda del general republicano, quien habiendo desechado de algunos oficiales extranjeros las proposiciones que le hacían para entregarle la plaza, cuya toma no quería deberla a un acto de traición, no pudo menos de sorprenderse y de interrogar a López sobre la verdadera situación de la plaza.

Este agente de Maximiliano, que había visto la desmoralización de la tropa sitiada; que sabía las defecciones y conatos de algunos jefes para entregarla y que se hallaba instruido del descabellado proyecto de romper la línea con tan malos elementos, no pudo menos de confesar la posición angustiada de los imperiales; ¿ni cómo podía ocultarla, cuando las proposiciones que llevaba él mismo, le había ya descubierto al general Escobedo la verdad entera de cuanto pasaba en la ciudad?

El general Escobedo tenía repetidas, expresas y terminantes órdenes de no hacer capitulación alguna, pero ni la más leve concesión, pues el gobierno había ya previsto el inevitable desenlace y había querido que allí sucumbiesen de una sola vez todos los cabecillas más temibles, todos los criminales que habían alterado constantemente la paz pública.

Escobedo, que se había hecho tipo de subordinación militar, cumplió su severa consigna, negándose absolutamente a obsequiar el deseo de Maximiliano. Entonces López, que no había pedido garantías para sí mismo ni las pidió después, se afanó hasta la terquedad, hasta la angustia, para que Escobedo ofreciera siquiera una garantía vaga en favor de Maximiliano, que había librado en él su confianza. Figurándose a sus compañeros de armas espantados con la desaparición del jefe imperial y sacrificándose ya estérilmente, sin guía y sin bandera, se esforzaba en persuadir a Escobedo para que aceptase un partido, en obvio de nuevas desgracias. Decidido el archiduque a no combatir más, la resistencia tenía que ser débil y la agresión de los imperiales, infructuosa.

López creyó y con razón, que una sola gota de sangre que se derramase, estaba por demás y tal creencia estaba muy lejos de infundirle aliento ni valor. Escobedo lo había negado todo, porque no le era permitido conceder nada y López, combatido por mil encontrados sentimientos y con la lasitud de quien pierde una última esperanza, volvió cerca de Maximiliano con la terrible negativa.

Nadie ha sabido lo que al recibirla pasó en el espíritu del príncipe, que la oyó con aparente calma y no dio señales de actividad. Quizá esperaba una hora más oportuna, pero no manifestó empeño en organizar nada nuevo, ni en la ejecución del plan de sus generales.

Por su parte, el general Escobedo, desde que acabó la entrevista con López, entró en la mayor actividad; preveía, que Maximiliano quisiese intentar su evasión y que, para intentarla, debía librar un nuevo ataque que desde luego creyó necesario desconcertar, tomando la iniciativa.

El momento no podía ser más favorable. La cansada tropa de Maximiliano, extenuada por la incesante fatiga, por el desvelo y por el hambre, debía, para prepararse a la salida, estar tomando algún descanso y, bien persuadida ya de que los sitiadores se limitaban a reducir la plaza por el agotamiento de víveres, no temería un verdadero asalto. Por otra parte, López, el mismo agente de Maximiliano, que mandaba la posición del Convento de la Cruz, tenía en su corazón el desengaño y por mucho que se esforzara para resistir, no podía menos de estar desalentado con la

resolución del príncipe que, sin tentar una capitulación -imposible-, esto era cierto, pero no se dudaba de ello en el momento en que había enviado a su emisario cerca de Escobedo, u otro medio honroso, como era el de romper la línea del sitio, había pensado tan sólo a su salvación personal, sin cuidarse de la suerte que pudieran correr todos aquellos que le habían defendido con tanto valor y abnegación.

Además, como la guarnición de La Cruz tenía que ser débil, por hallarse disminuida la fuerza del enemigo y estar diseminada en la extensa línea en que hacía su defensa, bastaba un esfuerzo para verificar un asalto, sin que costase trabajo reconocer la actitud de los sitiados por aquel rumbo, en razón de que las fuerzas republicanas podían observarlas en algunos puntos a la cortísima distancia de diez o doce metros, pues que sólo mediaría entre unos y otros el ancho de una calle.

Serían las once de la misma noche del 14, cuando el general Escobedo tenía ya dictadas todas sus disposiciones para apoderarse del Convento de la Cruz y para que todo el ejército diese en la madrugada un asalto general.

Al ciudadano general Francisco A. Vélez, cuyas dotes militares, así como su patriotismo y los buenos servicios que había prestado a la causa de la República, lo habían hecho acreedor a la general estima de sus compañeros de armas, fue a quien se le encomendó la delicada empresa de la toma de La Cruz, para cuyo fin se pusieron a sus órdenes los distinguidos batallones Supremos Poderes y Nuevo León. Vélez organizó su fuerza y la situó de modo que no fuese sentida por el enemigo y como los accidentes del terreno, los materiales y los escombros, no ofrecían a la tropa en la oscuridad de la noche un camino conocido para adelantarse al asalto, el mismo Vélez, seguido del general Feliciano Chavarría, de los jóvenes coroneles José Rincón y Agustín Lozano, de otros dos o tres jefes más, dispuso avanzar con el mayor sigilo en busca de un camino practicable. En silencioso paso pudieron llegar sin obstáculos hasta una tronera inútil, en que un cansado centinela fue sorprendido sin que pudiera evitarlo.

El incidente no podía ser más oportuno y favorable. Vélez hizo avanzar al teniente coronel Margain y al coronel Llepés con sus

batallones y al comandante general de artillería Francisco Paz, para cubrir la huerta del convento que casi estaba ya en su poder. Mientras se aproximaban, se adelantó Vélez con sus compañeros, practicando el reconocimiento de la huerta con la misma precaución y sigilo.

El coronel López que la vigilaba, reconociéndola, se halló repentinamente con el grupo de estos jefes, que en el acto lo amenazaron de muerte si hacía el menor movimiento. Vélez, con la pistola preparada y apuntándole a la cabeza, obligó al sorprendido coronel a que les condujese por camino seguro al interior del convento. La cuestión era de momentos; toda resistencia se hacía inútil y López, atormentado con la idea de que Maximiliano iba a caer prisionero, parece que quiso ceder a cuanto se le exigía, con el exclusivo objeto de darse alguna traza para avisar a Maximiliano del inminente peligro en que se hallaba.

Entregados a profundo sueño los defensores de La Cruz y el príncipe mismo y, sorprendidas así sucesivamente las guarniciones de los diversos puntos fortificados del convento, que con rapidez ocurrieron a ocupar las fuerzas destinadas al efecto, López pudo aprovechar un instante, merced a las atenciones que iban multiplicándose y distrayendo a los jefes, para hacer llegar a Maximiliano la noticia de su inmediato peligro. Esta noticia le llegó a tiempo de poder organizar alguna defensa, pues contaba todavía, cuando menos, con un batallón de confianza que dormía en el mismo claustro en que se alojaba; pero él y sus generales debieron desmoralizarse mucho porque, después de perder un tiempo en que pudieron caer prisioneros, salieron al fin en medio de la confusión que ya era general, logrando pasar, a título de paisanos y pie a tierra, sin saber a dónde dirigirse. López, que había dado su palabra de prisionero, que ponía todo su empeño en que no se derramase más sangre y que se apercibió de la circunstancia favorable a Maximiliano de no ser conocido de los asaltantes, le proporcionó un caballo para que apresurase su marcha y se salvase.

El archiduque, que no sabía qué discurrir o qué hacer y que quizá esperaba alguna circunstancia favorable a su defensa, vaciló algunos instantes y al fin montó en el caballo que se le ofrecía, ordenando todavía a López, a quien suponía libre, que las tropas que no hubiesen caído

prisioneras, marchasen violentamente al Cerro de las Campanas, para donde se dirigió rápidamente.

Posesionado Vélez del Convento de la Cruz, las fuerzas de asalto aumentadas ya con las reservas, penetraron sin mayor dificultad a la plaza y al Convento de San Francisco, cuyas campanas repicaron en señal de triunfo.

Había llegado la hora en que todas las fuerzas sitiadoras, desprendiéndose de sus líneas, avanzaran para el asalto y avanzaron, en efecto, para un choque terrible. Pero los defensores del perímetro fortificado de la plaza, entre quienes había comenzado a correr la noticia de que los republicanos habían penetrado en ella y, tomándoles la retaguardia, abandonaron sucesivamente sus puntos, para replegarse al centro de la ciudad.

Don Miguel Miramón, sorprendido por el estruendo de las armas, había salido de su habitación y se dirigía a la plaza principal, cuando en la de San Francisco se encontró con los asaltantes, a quienes disputó el paso, batiéndose personalmente, hasta que una bala de pistola le hirió la cara y se retiró en busca de un facultativo que lo curase inmediatamente. Allí, por casualidad, fue descubierto y reducido a prisión.

Las avenidas estaban cubiertas por los republicanos y los batallones imperiales, que penetraban en las calles, al verse rodeados de sus enemigos o se desbandaban o caían prisioneros. Algunos de ellos, instintivamente, se dirigieron al Cerro de las Campanas, donde Maximiliano, advirtiendo por todas partes el desorden consiguiente a su derrota, ya nada le era posible disponer. Veía en su derredor, grupos desconcertados de tropa, que no podían formalizar una resistencia contra las columnas sitiadoras, que avanzaban a paso veloz estrechando el cerro con un círculo de hierro y de fuego.

Maximiliano se convenció de que todo había terminado; enarboló una bandera blanca; dio la orden de que cesaran los fuegos; hizo tocar parlamento y envió a dos o tres de sus ayudantes en busca del general en jefe del ejército vencedor, para avisarle de su rendición.

Los parlamentarios, en sus respectivas direcciones, encontraron a los generales Ramón Corona y Aureliano Rivera, quienes instruidos de lo

que se trataba, también mandaron suspender sus fuegos y dar aviso al general Escobedo, que se hallaba recorriendo la extensa línea de ataque.

Antes de que éste pudiese llegar, una fuerza imperialista, situada al pie del cerro, se desprendió en actitud de paz, hacia el punto en que se hallaba Corona y uno de los oficiales que la mandaba se acercó para decirle que Maximiliano tenía deseo de hablar con él.

Corona, acompañado del general Cortina y de su Estado Mayor, accediendo a la indicación del oficial, acudió al sitio en que el archiduque le esperaba. Desde luego Maximiliano le manifestó que ya no era emperador, cuyo título había abdicado ante su consejo de gobierno, en México.

Corona le contestó sin aspereza, diciéndole que esa cuestión no podía tratarse por él en aquellos momentos, pero le aseguró que tanto el mismo Maximiliano como los individuos que lo rodeaban, tendrían las garantías suficientes para no ser molestados, esperando a que llegara el general en jefe.

Pocos momentos después, el general Escobedo se presentó seguido de su Estado Mayor. Maximiliano se había adelantado a recibirlo y tras un saludo grave, pero cortés, le indicó que deseaba hablarle en reserva. Escobedo se separó de su séquito para oír a Maximiliano.

El asunto era grave. Maximiliano hacía la misma propuesta que había llevado López. "¿Me permitirá usted, dijo, que custodiado por una escolta, marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver a México?".

Escobedo le contestó lacónicamente: "No me es permitido conceder lo que usted pide".

Entonces Maximiliano replicó: "Puesto que así es, yo espero que usted no permitirá que se me ultraje y que se me tratará con las consideraciones debidas a un prisionero de guerra".

"Eso, es usted mío", le respondió Escobedo. Entonces el príncipe desciiñéndose la espada, se la presentó y el general hizo que la recibiese el jefe de su Estado Mayor.

Los generales de Maximiliano se dieron por rendidos y, después de un corto tiempo que transcurrió en dictar diversas órdenes, el general en jefe, seguido de sus prisioneros, se dirigió a la ciudad con objeto de evitar desórdenes, caso que ocurrieran. En tránsito encontró al general Riva Palacio, a quien encomendó que condujese a los prisioneros en seguridad al Convento de la Cruz, donde quedarían bajo rigurosa custodia.

Juan de Dios Arias